
Geopolítica europea y latinoamericana

Leopoldo González Aguayo*

Resumen

En este artículo, el autor señala que aunque la geopolítica europea y la geopolítica latinoamericana tienen rasgos distintivos entre sí, ambas están basadas en los preceptos de pensadores del Viejo Mundo. Presenta las características fundamentales de cada modelo y agrega que las transformaciones del panorama mundial actual han hecho necesario que los análisis geopolíticos sean enriquecidos, pues además de considerar los aspectos de tiempo y espacio, deben contemplar enfoques históricos. Por otro lado, el autor señala que la historia de cada una de las naciones rebasa sus propias fronteras, y que para que adquiera una dimensión real y sentido verdadero, es necesario visualizarla desde la perspectiva de la teoría de los ciclos históricos y sus respectivos procesos. Bajo estas premisas, el autor presenta una serie de ejemplos que contribuyen a caracterizar la geopolítica europea y latinoamericana, enfatizando la interrelación entre ambas regiones. Concluye que el período de las historias nacionales individuales ha finalizado y ha dado paso a la geohistoria de los procesos y de los conjuntos nacionales y regionales.

Introducción

Desde el punto de vista teórico, tanto la geopolítica europea como la latinoamericana tienen en común su origen en una serie de pensadores y estrategias del llamado Viejo Mundo. Durante las últimas décadas, los europeos han hecho avances espectaculares sobre el particular, tanto adoptando nuevos diseños como rescatando criterios y planteamientos que han terminado por revolucionar la visión tradicional de la geopolítica.¹ En América Latina, salvo excepciones, buena

Abstract

In this article, the author points out that although the geopolitics in Europe and Latin American has distinctive features to each other, both are based on the precepts of thinkers of the Old World. He presents the fundamental characteristics of each pattern and adds that the transformations of the current world panorama have made necessary that the geopolitical analyses should be enriched, because besides of considering the aspects of time and space they should contemplate historical focuses. On the other hand, the author points out that the history of each one of the nations surpasses its own frontiers, and so that it acquires a real dimension and true sense, it's necessary to visualize it from the perspective of the theory of the historical cycles and its respective processes. Under these premises, the author presents a series of examples that contribute to characterize the European and Latin American geopolitics, emphasizing the interrelation among both regions. It concludes that the national singular histories period has concluded and it has opened the way to the geohistory of the processes and of the national and regional groups.

parte de la visión geopolítica se ha seguido haciendo bajo los enfoques y cánones implementados con los criterios y conceptos del llamado determinismo europeo, presentes desde fines del siglo pasado y principios del actual.²

Es decir, para la nueva versión geopolítica europea, los planteamientos teóricos no eliminan la exigencia de considerar modelos geopolíticos propios para cada unidad nacional, como se sigue haciendo en América Latina, aunque éstos sólo pueden darse y existir dentro o formando parte de la gran estructura que finalmente integra, contiene y articula no sólo al colosal sistema geopolítico mundial de las naciones, sino al de todos

* Doctor en Estudios Latinoamericanos por la Universidad de París III. Profesor adscrito al Centro de Relaciones Internacionales de la FCPYS-UNAM.

¹ Yves Lacoste *et al.*, *Dictionnaire de Géopolitique*, París, Flammarion, 1993, pp. 1-35.

² François Thual, *Géopolitique de l'Amérique Latine*, París, Économica, 1996, pp. 36-37.

los conjuntos espaciales existentes. Este criterio, entre otras cosas, al haber hecho suyo el concepto de espacios y tierras en tres dimensiones —lo que equivale a decir emergidas y sumergidas—, extendió y desdobló la visión estratégica para abarcar, en consecuencia, durante todo tiempo y momento, la totalidad de la superficie de nuestro globo.³

El sistema mundial articula diversos espacios físicos y ámbitos políticos nacionales heterogéneos, lo que lo hace más susceptible y que requiera ser estudiado y analizado a través de enfoques como los que proporcionan, por una parte, la teoría de los conjuntos y, por otra, la de las redes de elementos,⁴ ya sea que estén orientados hacia planteamientos y puntos de vista teóricos, o bien que tiendan a encarar problemas prácticos.

Con estos criterios, resulta relativamente sencillo hacer partir a las nuevas concepciones de la geopolítica de principios tan sugerentes como el que establece “la idea de la correspondencia universal de todos los fenómenos del universo”, que Octavio Paz rescató en sus obras a partir del principio analógico, marcado por los pensadores europeos de la tendencia romántica de fines del siglo XVIII y principios del XIX, en especial el grupo de Alejandro de Humboldt, que sostuvo con ello criterios diametralmente opuestos, como explica el mismo Paz, a la respectiva concepción de los racionalistas puros, para quienes el principio fundamental estribaba en separar y explicar cada fenómeno de forma individual.⁵

Los problemas de la nueva geopolítica mundial

De conformidad con estos nuevos diseños y enfoques de la geopolítica, no precisamente destinados a ser tratados a escala europea, sino abordados a través del prisma con el que se obtiene una visión planetaria y de conjunto, resulta revolucionado no sólo el plantea-

miento aplicado sobre cada uno de los modelos nacionales, sino —mejor aún— el que se logra de los conjuntos y conglomerados de naciones.

Esto también quiere decir que, en adelante, los grandes esquemas conformados e integrados por los conjuntos o redes de elementos y variables que fundamentan la realización de los análisis geopolíticos, resultan —en consecuencia— mucho más ricos y complejos que los logrados con el enfoque tradicional, tipo de análisis en que irónicamente sobresalen por ocupar este mismo sitio.⁶

Como resultado, la ya tradicional y vital ecuación que integra para el análisis de los procesos el abanico de elementos y posibilidades que incluyen el tiempo y el espacio, resulta por completo trastocada, al requerir también de enfoques históricos alejados de la clásica visión centrada en el simple devenir de los acontecimientos.⁷

Para los autores europeos actuales no resulta extraño que la historia de todas y cada una de las naciones no sólo rebasa las fronteras nacionales —con lo que aceptamos el hecho de que al mismo tiempo que dicha historia tiende a permear, se vea influida de manera recíproca con aquella de los conjuntos y procesos históricos que acompañan a diversos protagonistas y actores internacionales—,⁸ sino que para que la historia de todas y cada una de dichas naciones adquiera su real dimensión y verdadero sentido, se le debe ver desde el ángulo y perspectiva que ofrece la teoría de los ciclos históricos y sus respectivos procesos, los cuales —en opinión de estos mismos autores—, pueden tener duración diversa: muy larga, larga, mediana, pequeña, y muy corta.⁹

Es decir, nadie descarta el hecho de que en el devenir de estos complejos procesos históricos, repre-

³ Sobre la importancia y características de los diferentes conjuntos espaciales geográficos, véase André Cailleux, *Biogéographie mondiale*, París, Presses Universitaires de France, 1969, pp. 10-23.

⁴ Respecto a la teoría de la homogeneidad y heterogeneidad de los espacios diferenciados, véase Olivier Dollfus, *L'espace géographique*, París, Presses Universitaires de France, 1970, pp. 7-21.

⁵ Sobre la teoría que presupone el hecho de que todos los fenómenos del universo se articulan y se corresponden entre sí, véase Nicolás Ortega Cantero, *Geografía y cultura*, Madrid, Alianza Universidad, 1988, pp. 30-35.

⁶ Ekkehart Kripendorff, *El sistema internacional como historia*, México, Fondo de Cultura Económica (FCE), pp. 23-25.

⁷ Sobre el espléndido trabajo del grupo de historiadores franceses reunido en la “Escuela de los Anales” para plantear los nuevos enfoques y criterios historiográficos, véase Peter Burke, *La revolución historiográfica francesa*, Barcelona, GEDISA, 1996, pp. 11-14.

⁸ Aquí cabe resaltar que la historia europea no dio margen a conocer el concepto de “la no intervención en los asuntos internos”, tal como se sostuvo en el ámbito latinoamericano durante buena parte del presente siglo, criterio que en razón de la añeja simbiosis desplegada entre los distintos intereses por actores y protagonistas del Viejo Mundo, ciertamente hizo que para ellos resultara muchas veces incomprensible tal insistencia latinoamericana.

⁹ Fernand Braudel, “La historia comparativa, la larga duración de la historia” en Fernand Braudel, *Una lección de historia de Fernand Braudel*, México, FCE, 1994, pp. 87-90.

sentados en el diseño de conjuntos de redes más que en cualquiera de sus tipos y formas individuales, tales procesos ocurren de manera simultánea, inmersos en la circunstancia de que tienden a cruzarse, entrecruzarse y traslaparse en todo tiempo y momento y, para colmo, debemos tener siempre presente que este conjunto de movimientos se llevan a cabo a distintos ritmos.¹⁰

Como ejemplos del primer tipo de procesos estarían, en un grado extremo, los casi imperceptibles procesos representados por el devenir de los ciclos geológicos, o para una mejor ubicación dentro de las Ciencias Sociales, sería fácil referirnos también a modelos indudablemente lentos, como aquellos que abarcan, ni más ni menos, tanto el ciclo de la vida de una cultura como el de una civilización. A su vez, correspondería a los del segundo tipo la muy dilatada curva que en forma clásica describe por sí misma el ciclo de la vida de una nación. Los del tercero estarían ocupados por la gráfica que suscita el planteamiento de los tradicionales ciclos económicos, tal como los describió por vez primera Kondratieff, e incluso podríamos adjuntar a los de este tipo la onda descrita durante el ciclo de vida del organismo humano. Los del cuarto tipo bien podrían estar descritos por la implementación de programas específicos de trabajo, por ejemplo, la curva desplegada durante el ciclo que abarca la gestión administrativa de cualquier autoridad o gobierno. Y la quinta y última por la corta y breve imagen descrita por el ciclo de los acontecimientos cotidianos, tal como pueden verse reportados por un periodista. Desde luego, salvo los dos últimos tipos de procesos, los tres primeros ciclos, dada su característica lentitud, son mejor apreciados, percibidos y representados por el sentido de la abstracción.¹¹

Dentro de este criterio, nadie debe sorprenderse de que tanto en la historia de Europa como en la de Amé-

rica Latina, unos y otros actores nacionales, en especial aquellos que forman parte de un mismo espacio regional, al ser vecinos entre sí, sus propios y múltiples conjuntos de elementos que envuelven y acompañan en principio a cada uno de ellos, aparecen mezclados y entrelazados inextricablemente con los de los otros, siendo casi imposible separar los de unos y los de otros.

Siguiendo con esta línea de pensamiento, vale la pena tener presente el hecho de que, desde los últimos años del siglo XV y en el curso de un brevísimo lapso histórico, literalmente cubierto mediante espectaculares iniciativas e impulsos geopolíticos, las respectivas redes de elementos de la historia de Europa —como en ningún otro periodo del pasado—, van no sólo al encuentro, sino a entrecruzarse y a traslaparse con las de fantásticos complejos que ya integraban la historia de América, de Asia, de África y de Oceanía. Y, por su parte, como simple reflejo o mera respuesta a tan respetables iniciativas, de manera similar al flujo y reflujo que muestran las ondas del agua al caer una piedra en el estanque, las redes y los conjuntos históricos americano, asiático, africano y de Oceanía van a devolver la visita participando e influyendo en adelante de maneras muy diversas, ya sea para conformar o para hacerse presentes dentro del nuevo y espectacular derrotero que adquirió la historia europea.

En otros términos, hace medio milenio, el conjunto espacial político, económico, social y cultural europeo, por razones muy particulares y a través de los espacios oceánicos, lanzó una gran iniciativa con la que fue no sólo al encuentro, sino a impactar a los conjuntos espaciales políticos, económicos, sociales y culturales americanos, asiáticos, africanos y de Oceanía.

Como resultado de ese choque, según sabemos violento y en grave detrimento de los impactados, los europeos a su vez debieron rehacer totalmente el curso y el diseño original de su propia iniciativa geopolítica y, por supuesto, al acelerarse no sólo el ritmo, sino transformarse el curso de expansión de su proceso capitalista, debieron adaptar de la misma forma su visión geopolítica para adecuarla a las nuevas circunstancias, por el simple hecho de que debieron pasar de una geopolítica con base y sustentación a escala europea, a otra muy diferente, no sólo de dilatados alcances, sino de efectos planetarios. La geopolítica europea fue, más que promovida, montada en la acelerada dinámica y los radicales cambios impuestos por el galopante desdoblamiento del capitalismo, a partir de su primigenia base de sustentación en la cara atlántica de la península

¹⁰ Para las teorías de los ciclos históricos, véase Peter J. Taylor, *Geografía política*, Madrid, Trama Editorial, 1994, pp. 10-12 y 58-68; y Fernand Braudel, *La historia y las Ciencias Sociales*, México, Alianza Editorial, 1989, pp. 47-106. Sobre los cambios que por definición registran en el tiempo los diversos elementos que componen e integran los distintos conjuntos espaciales, véase Olivier Dollfus, *op. cit.*, p. 28.

¹¹ Otra forma de categorizar el espacio-tiempo es el que ofrece el general André Beaufré en su conocida obra *Introducción a la estrategia* al ponerle límites a los ciclos temporales que requieren los grandes sistemas de decisión, a fin de permitir y completar su implementación y operatividad, tal como él mismo los subdivide: el tiempo de las concepciones filosóficas o de la gran política (mayor a 30 años); el tiempo de la política (entre ocho y 30 años); el tiempo de la estrategia (entre tres y ocho años); y, por último, el de la táctica (entre un breve instante y tres años).

eurasiática, dirigida y encaminada en adelante desde ahí hacia todos los confines del globo.¹²

Ahora bien, no debemos olvidar que de ese choque y encuentro violento la geopolítica europea salió muy fortalecida, mientras los modelos geopolíticos de los conjuntos espaciales americano y africano coetáneos quedaron reducidos a escombros y casi desaparecieron, como simple resultado del efecto causado por la extrema presión que acompañó al colosal empuje europeo durante el desarrollo de su primera onda expansiva. De manera irónica, si esta colosal ola expansiva sobrevino como consecuencia del particular interés europeo por tener acceso directo a las fuentes de abastecimiento de las especias asiáticas, al tropezarse con el formidable obstáculo americano, los europeos debieron no sólo invertir, sino consumir lo esencial de sus fuerzas a fin de superarlo y, como resultado de dicho esfuerzo, también debieron cambiar todo el diseño original de su geopolítica, entre otras cosas, al lograr durante el titánico reconocimiento del obstáculo, así como la consecuente exploración de la inmensidad de los espacios americanos, casual y virtualmente la solución de todos los graves problemas que en un inicio los había inducido a buscarla en Asia.¹³

Además, América —y en buena medida África—, al retener de esta inesperada forma el arribo e impacto de la terrible primera onda expansiva europea, al lograr “encajar el golpe” del virtual *tsunami* europeo, con este hecho evitaron que los asiáticos recibieran sus devastadores efectos.

En consecuencia, es precisamente debido a que los europeos se entretuvieron devastando a americanos y africanos que los asiáticos pudieron preservar sus conformaciones culturales y sociales, circunstancia en que se encontraban aún dos siglos después, cuando la segunda onda expansiva del capitalismo europeo los alcanzó y sometió, pero resulta evidente que durante este mismo lapso la experiencia americano-africana sin duda ajustó las necesidades del propio capitalismo europeo, al grado de ya no necesitar repetir con ellos el modelo de devastación y exterminio en masa, puesto en práctica por sus representantes al encontrarse con los pueblos de América y África.

¹² Para una detallada exposición de la sugerente Teoría de los conjuntos espaciales, véase Yves Lacoste, *op. cit.*, pp. 30-33.

¹³ J. H. Parry, *El descubrimiento del mar*, México, CONACULTA-Grijalbo, 1991, pp. 9-15.

El modelo de la geopolítica europea

Desde luego, la historia geopolítica de Europa, al igual que la de otras regiones del globo, registra un proceso bien identificado y diferenciado, con base en ciclos:

1) en primera instancia, encontramos un primer ciclo general cubierto tanto por la cultura como por la civilización romana, durante el cual una pluralidad y profunda heterogeneidad social y cultural de pueblos del Sur, Occidente, Centro y Oriente de Europa y de las riberas asiáticas y africanas del Mediterráneo, se vieron políticamente aglutinados durante seis siglos mediante la eficiencia del sistema de control romano.

2) el ciclo de la cristiandad, que abarcó casi un milenio, durante el cual una verdadera pulverización de pequeñas unidades políticas, abarcando en conjunto un área europea mayor aún que la cubierta en un principio por el Imperio romano, se vio aglutinada merced a los fuertes lazos tejidos por la cultura y la civilización cristiana;

3) el ciclo del capitalismo, en el cual todavía nos encontramos, caracterizado por la competencia y rivalidad de las entidades y culturas nacionales, surgidas en primera instancia de la necesidad de aglutinar las pequeñas y dispersas unidades medievales. Este ciclo comprende dos fases: la primera abarcó medio milenio aproximadamente (1450-1950); y la segunda equivale al periodo de los últimos 50 años, durante los cuales se ha ido superando de manera gradual el terrible ciclo de rivalidades y competencia de las naciones, si bien no sólo dentro del área europea, caracterizado por la complementación y la articulación transnacional.

Con estos precedentes, tampoco debemos admirarnos de que en el curso del presente siglo la geopolítica europea haya sufrido sorprendentes cambios, dentro de criterios cualitativos y cuantitativos. Por una parte, como hemos dicho, ha pasado de una clásica lógica de competencia, rivalidad y predominio entre entidades nacionales —que llevó no sólo a los europeos, sino a toda la humanidad, a sus dos grandes hecatombes, en especial durante el curso de la primera mitad del siglo XX—¹⁴ al modelo geopolítico opuesto, en el que la rivalidad nacional descarnada fue sustituida por el de la complementariedad y articulación en el transcurso de la segunda mitad del siglo XX.

¹⁴ Sobre la geopolítica europea de competencia, rivalidad y predominio, véase Hans W. Weigert, *Geopolítica, generales y geógrafos*, México, FCE, 1943, pp. 17-21.

Por otro lado, si las entidades políticas nacionales europeas no fueron las primeras existentes en el mundo,¹⁵ sí fueron las protagonistas cuyas disputas determinaron y fueron determinadas por la dinámica y colosal expansión mundial del capitalismo que se inició en Europa, el cual —como hemos visto—, durante su exponencial movimiento envolvente en espiral, terminó transformando y conformando la historia y las relaciones de toda la humanidad justo al iniciar su curso la segunda mitad del segundo milenio.

Curiosamente, el proceso precapitalista y capitalista de que hablamos conformó y determinó, a su vez, otra vez dentro del espacio europeo, una comunidad de naciones que guardaba profundas diferencias culturales entre sí, proceso que, por su parte, tuvo una participación nada desdeñable en la conformación de los subsiguientes siglos de rivalidades y graves disputas de intereses llevadas a cabo entre los propios europeos.¹⁶

Sin embargo, durante esos siglos, la permanente rivalidad política europea, acicateada y estimulada en buena medida por las profundas diferencias culturales, no sólo no impidió, sino que más bien alentó, el establecimiento y articulación de complejas redes económicas indispensables a la complementación capitalista de la producción en redes que abarcaban las distintas entidades nacionales.¹⁷

Esta articulación transnacional, que a pesar de las rivalidades políticas fue practicada durante largos siglos, terminó proporcionando a Europa diversos tipos de uniformidades y criterios comunes, entre otras cosas, en rubros torales como los constituidos, ni más ni menos, por las cruciales redes de los medios de comunicación conjuntamente con las redes de los transportes. Es decir, en especial en el ramo de los servicios, sin olvidar mencionar el sistema bancario, financiero y en buena medida comercial y de producción italiano, el cual desde el siglo XIV se constituyó como el futuro

modelo europeo. Como vemos, se trata de las complejas e intrincadas redes de servicios que, paradójicamente, en ese aspecto de la civilización han terminado por sustentar, identificar y caracterizar como homogéneos a los europeos, y por la misma razón durante mucho tiempo los había diferenciado de los otros conjuntos y conglomerados nacionales existentes.¹⁸

También es un hecho que los esfuerzos europeos desplegados en el último medio siglo para alcanzar el ideal geopolítico de la plena articulación no hubieran sido posibles de establecer si además de los estímulos antes expuestos se hubiera carecido del acicate psicológico de una presión inusitada, y una no menos profunda preocupación, al verse enfrentados una vez más ante la amenaza de una nueva conflagración bélica, peligro no sólo nada retórico, sino perfectamente tangible, encarado durante los primeros lustros de la llamada Guerra Fría.¹⁹

Es decir, dichos esfuerzos de articulación e integración geopolítica recibieron un inesperado estímulo, en el caso del llamado Viejo Mundo, al verse los europeos empujados y casi arrollados por el angustiante problema de la seguridad exterior. Con esto queremos decir que fue el problema de la seguridad el que convenció a las potencias capitalistas europeas occidentales de superar y dejar atrás las razones de sus viejas disputas y rivalidades y adoptar, por el contrario, como medida de protección y defensa, el elemental esquema de la cohesión, logrado a través de un inusitado esfuerzo de articulación de intereses económico-políticos, enmarcados, envueltos y sustentados a su vez —como es deducible— en la añeja red montada de servicios comunes. De esta forma, también resulta comprensible que entre la firma de los Tratados de Roma, en 1957, y los

¹⁵ Desde hace milenios existieron entidades con todas las características de Estados nacionales: China, Vietnam, Camboya, Tailandia, Corea y Japón, amén del Egipto faraónico y el caso de no pocos reinos americanos contemporáneos de estos mismos.

¹⁶ Véase Ralph Davis, *La Europa atlántica*, México, Siglo XXI, 1989, pp. 1-6; y Fernand Braudel, *op. cit.*, pp. 40-41.

¹⁷ La prueba más evidente de la añeja y eficiente articulación económica entre rivales europeos se registró durante las contiendas bélicas celebradas entre esos mismos rivales, por ejemplo, el comercio de textiles sostenido entre Inglaterra y Francia durante las Guerras Napoleónicas; o bien, durante la Primera Guerra Mundial, el intercambio de productos estratégicos indispensables para Francia y Alemania, que sólo le podían ser suministrados a uno y al otro por su rival, y que con la absoluta anuencia de ambos se obtuvo a trasmano, desde luego vía Suiza.

¹⁸ Para los observadores extranjeros salta a la vista la uniformidad europea dentro de la diversidad, casualmente en lo que respecta a los medios de comunicación y transporte: el diseño y reglas que van desde el equipo y estaciones del sistema ferroviario, pasando por el correo y los sistemas telegráfico y telefónico, la radio, el cine y los intentos de unificación de los dos grandes sistemas europeos de televisión existentes hasta principios de los años setenta. Nos referimos a los sistemas de televisión francés y alemán, a los que se adhirieron todos los países europeos, amén de los sistemas y reglas de los transportes carretero, acuático y ni qué decir de las viejas reglas del comercio interno y externo. Otro gran elemento de cohesión intraeuropea se observa en los procesos de educación, desde la elemental hasta la universitaria, la cual se reconoce como europea desde el siglo XIII. Por último, otro tanto puede decirse de los procesos artísticos, en los que destacan: la pintura, la escultura, la arquitectura y, sin duda, la música, mismos que todo mundo reconoce como europeos (góticos, renacentistas, manieristas, románticos, impresionistas, expresionistas y, en nuestro siglo, cubistas, decó, realistas).

¹⁹ René Rémond *et al.*, *Atlas histórico del siglo XX*, Barcelona, 1994, p. 104.

primeros años de la década siguiente, la dirigencia de la entonces Unión Soviética dispensara a la naciente Comunidad Económica Europea el mismo trato receloso y antipático que otorgaba entonces a los pactos militares suscritos desde fines de la década anterior, ya fuera entre europeos occidentales o con Estados Unidos y Canadá.²⁰

Dentro del mismo esquema de seguridad europea se inscriben a mediados de la década de los años sesenta las constantes iniciativas —especialmente francesas— para convertirse primero, junto con la República Federal Alemana, en el eje de la nueva articulación del Viejo Mundo, y una vez conseguido este objetivo, pasar de manera no menos activa a lanzar iniciativas de distensión hacia la Unión Soviética.

Esto nos recuerda que en la década de los años setenta, para no pocos europeos, el problema de la seguridad del Viejo Mundo se reducía a recuperar a los países de Europa Oriental a través de tranquilizar primero a los soviéticos, garantizándoles por supuesto su propia seguridad,²¹ al mismo tiempo que se planteaba la posible solución de la no menos delicada vulnerabilidad que implicaba para Europa las condiciones de existencia con alta inestabilidad de los países ribereños que ocupan las márgenes Sur y Este de la cuenca del Mediterráneo. Ambos objetivos eran claros y evidentes, y con ellos, desde los años sesenta, los europeos se proponían reducir o cancelar sus vulnerabilidades en esta gran cuenca, así como la existente en la parte oriental de Europa, imaginando como solución ideal para enfrentar ambos problemas la articulación de ambos conjuntos al eje y pivote occidental a través de contribuir a financiar su desarrollo.²²

²⁰ Para las posiciones soviéticas de desconfianza y recelo respecto a los primeros avances europeos occidentales en materia de integración económica, consultar la revista mensual *Tiempos nuevos*, órgano oficial que contenía la opinión de la dirigencia del Kremlin, en especial durante el periodo de los años 1958 a 1964.

²¹ Sin duda una de las iniciativas europeas de mayor envergadura fue la llevada a cabo, por un lado, por la administración francesa del general Charles de Gaulle a mediados de la década de los años sesenta, con su política europea diseñada bajo el criterio de "Gibraltar a los Urales"; por el otro, con la "*Ostpolitik*" del canciller alemán Willy Brandt, puesta en marcha un poco tiempo después. A estas iniciativas respondieron los entonces dirigentes soviéticos con la compra de abundante tecnología occidental, entre la cual destacó el contrato pasado a la empresa Fiat para la instalación de una enorme fábrica automotriz en Volgogrado, así como el contrato pasado a empresas europeas para el tendido del gasoducto, que partiendo de los yacimientos soviéticos de Asia Central, a más de tres mil kilómetros de distancia, abastece a los países de Europa Occidental.

²² Véase Daniel Colard, "L'UEO et la sécurité européenne" en *Défense Nationale*, París, Comité d'Études de Défense Nationale, marzo 1988, pp. 75-89.

La lógica de la geopolítica de América Latina

En su práctica geopolítica, América Latina ha reproducido el viejo esquema de competencias y rivalidades con su característica serie de alianzas y contraalianzas cruzadas, fenómeno no necesariamente heredado de la tradición europea, puesto que éste se ha llevado a cabo de manera simultánea en todo el mundo, y desde luego resultaba familiar entre los numerosos reinos, Estados y naciones que florecieron en el llamado Nuevo Mundo durante el milenar periodo preeuropeo.²³

Por otra parte, para fines de este estudio, la historia de América puede dividirse en dos grandes ciclos: el espeso y rico ciclo milenar preeuropeo y el ciclo del último medio milenio, cubierto por la determinante y avasallante presencia europea.

Durante el dilatado ciclo preeuropeo, la característica de los Estados y entidades políticas americanas era bastante parecida a la de sus coetáneos europeos. Es decir, una enorme diversidad cultural y política cimentada en un sustrato integrado por múltiples pueblos que, en la región central y andina del continente, alcanzó densidades demográficas muy altas. El mosaico de Estados y entidades americanas tendió a verse más que rodeado, cubierto por una red, que hacía las veces de infraestructura con mecanismos y reglas comunes de muy diversa índole, con fines y objetivos prácticos destinados, entre otras cosas, a resolver los problemas cotidianos planteados en varios rubros, por ejemplo en materia de políticas de producción agrícola, tributos e impuestos, comercio interno y externo, medicina, ciencias exactas, calendarios y festividades religiosas. Es decir, una densa red de conocimientos comunes que tuvieron como centro y base original de sustentación, en buena medida, los elaborados cálculos matemáticos y astronómicos.

Ahora bien, el gran ciclo que inicia en América la presencia predominante europea en el último medio milenio se caracteriza por la formación de grandes unidades políticas centralizadas y sin autonomía sobre los restos y escombros de la heterogénea pluralidad de pueblos preexistentes a partir del siglo XVI, de grandes unidades políticas centralizadas y sin autonomía. Estas unidades se extendieron sobre las inmensas regiones

²³ Para un estudio más detallado del sistema de equilibrio internacional de fuerzas entre los propios latinoamericanos, véase Leopoldo González Aguayo, "Las zonas de influencia latinoamericanas" en *Cuadernos americanos*, México, núm. 6, noviembre-diciembre 1973, pp. 105-135.

que partían de California y llegaban hasta Chile por el Pacífico, y a partir de Florida llegaban al Río de la Plata por el Atlántico, a excepción del enorme macizo y saliente sudamericano atlántico ocupado por los lusitanos.

En cambio, en la costa atlántica norteamericana, desde principios del siglo XVII, se formó una sucesión en cadena de pequeños núcleos sociales políticamente separados entre sí, aunque sin ninguna duda autónomos, bajo la influencia británica. 13 pequeños núcleos bajo tutela británica que, durante 200 años, tendrían como gran objetivo geopolítico prioritario el de su consolidación interna, unidos con redes de servicios, de comercio y producción similares a las desarrolladas y montadas por los europeos siglos antes en su propio espacio. Como consecuencia de esto, los angloamericanos no rebasaron su frontera occidental, marcada por los Montes Apalaches, para iniciar su definitiva expansión, hasta después de haber conseguido su respectiva consolidación interna.

En el núcleo americano bajo dominio hispánico, en especial, se produjo, durante el siglo XVI, una hecatombe social en las áreas con mayor densidad poblacional del continente, es decir, la parte media o mesoamericana y andina del continente. Como resultado de dicha hecatombe, la recuperación demográfica iniciada a partir del siglo XVII en esta misma parte del llamado Nuevo Mundo se hace de forma muy lenta, aunque —como es comprensible— sobre bases y criterios de bastante uniformidad social, cultural y, en buena medida, político-económica que antes no existían en el multicolor mundo prehispánico. Esta lenta recuperación se prolonga hasta principios del siglo XIX a través de un intenso proceso de mestizaje racial y cultural. A partir de este último momento y durante el siglo y medio siguiente, se mantiene la relativa uniformidad cultural y en buena medida la social y económica del conjunto, si bien la novedad geopolítica que sobresale en el subcontinente es la del desenvolvimiento de un fenómeno inverso al mostrado por las dependencias británicas en la costa atlántica de América del Norte. Es decir, es el principio de la gran dispersión política latinoamericana, al hacer eclosión y perderse el hilo conductor de la gran entidad imperial hispánica metropolitana.

Este fenómeno de dispersión latinoamericana tiene como consecuencia el establecimiento de Estados nacionales, por lo regular de muy escasa cohesión interna, que en general deben hacer frente al establecimien-

to de nuevas áreas fronterizas, por lógica muy poco o mal delimitadas. Es decir, se trata de nuevos núcleos políticos destinados a crear y cimentar nacionalidades ancladas en el peligro y la amenaza de la ambición de sus respectivos vecinos; sobre estas realidades —entre otras cosas— se perdió el andamiaje de comercio y comunicaciones comunes heredado del multifacético mundo prehispánico, e incluso se vio impedido para utilizar y mantener también a su favor la serie de herramientas homogéneas introducidas por la colonización hispánica (entre las cuales destacan la lengua, la religión y, en general, la cultura), a diferencia del modelo practicado y prevaleciente en todo tiempo en este aspecto —como ya hemos citado— entre los países europeos, diferentes en cuanto a cultura, pero unidos por las necesidades prácticas de su propia y añeja civilización.²⁴

Por otra parte, dadas las características de la inmensidad del espacio latinoamericano, es posible establecer subnúcleos de intereses geopolíticos en el amplísimo conglomerado latinoamericano: sus más de 20 millones de km² se dividen en un amplio y consolidado núcleo continental en su mitad sur; una región central neurálgica de altísima heterogeneidad y dispersión; y otro importante núcleo de concentración continental en la región norte. Por ejemplo, estos subnúcleos bien podrían agruparse de la siguiente forma: el subnúcleo de los países del Cono Sur (Argentina, Uruguay y Chile); el de los países andinos (Perú, Bolivia y Ecuador), que por su alta presencia indígena inclusive abarcaría hasta Paraguay; el colosal macizo brasileño; el formado por el mosaico de pueblos del Caribe, que abarcaría a las Guayanas, Venezuela y la parte norte de Colombia, mientras su centro y sur se integraría a los andinos; el centroamericano (Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Panamá, mientras Belice se integraría al del Caribe); y, por último, el propio macizo mexicano.²⁵

Los siglos de centralización con la metrópoli decretados por la hegemonía hispánica, con la consecuente dispersión político-económica de las colonias entre sí (salvo durante la terrible crisis europea que abarcó to-

²⁴ Para un estudio detallado de la situación e historia de las fronteras latinoamericanas, véase Michel Foucher, *L'invention des frontières*, París, Fondation pour les Études de Défense Nationale, 1986, pp. 155-313, y del mismo autor, *Fronts et frontières*, París, Fayard, 1988, pp. 109-136.

²⁵ Véanse François Thual, *op. cit.*, p. 19; y Alain Rouquié, *Amérique Latine. Introduction à l'Extreme-Occident*, París, Seuil, 1987, pp. 9-36.

do el siglo XVII),²⁶ aunado a la ausencia de tradición autonómica (a excepción de algunos espacios marginales del imperio, como el de Costa Rica, y en cierta medida la provincia del Río de la Plata), ocasionaron la constitución de fuertes oligarquías locales. En general, sobre estas últimas descansó el poder económico colonial, por lo que de la tranquilidad de dichas oligarquías se derivó el éxito de la permanencia imperial, ecuación que resultó tan eficaz que la corona de Madrid pudo despreocuparse casi en absoluto de lo que acontecía en la inmensidad de sus territorios americanos durante la mayor parte del largo ciclo colonial.

Como todo mundo puede suponer, los nuevos Estados latinoamericanos heredaron como realidad no sólo una escasa cohesión, sino la tangible dispersión del poder, circunstancias impuestas de hecho por el real predominio de las oligarquías locales, las cuales quedaron con las manos libres al desaparecer las sujeciones políticas imperiales. Es decir, que el primer y más fácil objetivo en ser alcanzado por los nacientes Estados hispanoamericanos fue la creación de sus propios espacios físicos, partiendo de la base de la herencia territorial colonial y en función o alrededor de los espacios que lograron ser arrebatados y erosionados a los poderosos intereses locales, intentando como siguiente paso la creación y articulación de las naciones.²⁷

En este fenómeno de creación nacional, por definición, jugaría un papel primordial la relación conflictiva con los vecinos, estimulada por la también heredada ambigua o carente delimitación fronteriza. Construcción de nacionalidades, salvo excepciones como la chilena y la paraguaya en el mundo hispánico, y la brasileña en el lusitano, se tradujo en medio siglo de graves inestabilidades políticas en el resto de la América hispánica, hasta que el apoyo económico británico, en el curso de la segunda mitad del siglo pasado, permitió a los grupos políticos bajo su protección consolidar Estados fuertemente centralizados al lograr imponerse sobre las oligarquías locales, si bien estos nuevos y poderosos grupos centrales —como es de suponerse— poco o nada tuvieron que ver, salvo excepciones, con el inicio de tradiciones democráticas en las nuevas entidades.

Por otra parte, si durante la larga etapa colonial se privilegió la relación de las diversas regiones con la

²⁶ Para las causas y consecuencias de la crisis europea del siglo XVII, véanse Jaime Dantí Riu, *Las claves de la crisis del siglo XVII, 1600-1680*, Barcelona, Planeta, 1991; y Ralph Davis, *op. cit.*, pp. 158-172.

²⁷ François Thuat, *op. cit.*, p. 25.

metrópoli antes que entre sí mismas (salvo durante la crisis europea del siglo XVII),²⁸ resulta obvio suponer que esta tradición sería rescatada por las nuevas metrópolis: primero la británica durante el siglo XIX, y la estadounidense a partir del XX, a fin de evitarse el peligro de una sindicalización de las nuevas entidades, problema lacerante y tangible de falta de cohesión latinoamericana respecto al cual no se necesita ser un sabio para deducir que arrastramos hasta la actualidad.

Como resultado de esto último, hemos tenido más de cuatro décadas de intentos de integración económica latinoamericana, tanto a gran escala como a nivel subregional, hasta ahora fracasados en buena medida. Los únicos modelos operativos y funcionales en nuestros días serían: en el Sur, el modelo del MERCOSUR, que aglutina a Argentina, Brasil, Uruguay y Paraguay; y en el Norte un modelo más bien pragmático y con cierto éxito implementado entre México, Venezuela y Colombia.²⁹ Ambos modelos comenzaron a operar prácticamente a partir de la presente década. También existe un excelente modelo que integra a México y Canadá a la economía y a la vida de Estados Unidos, con los evidentes y tangibles beneficios para este último y que, como todos sabemos, se encuentra en proyecto de ampliación al resto de América Latina, existiendo con ello la posibilidad de dar al traste con los proyectos de integración y articulación intralatinoamericana.

Conclusiones

Los nuevos diseños de la geopolítica europea, basados en la enorme experiencia de la historia mundial del último medio milenio, parten de concepciones holísticas que obligan a revisar toda la historiografía de las sagas nacionales elaboradas hasta el momento.

Es innegable que las concepciones nacionales seguirán siendo muy importantes en la historia de la humanidad, pero para que geopolíticamente resulten no digamos digeribles, sino más bien entendibles, en adelante tendrán que ser planteadas con criterios y enfoques que consideren también la articulación conlleva-

²⁸ Sobre la fragmentación económico-política de las colonias hispanoamericanas, véase Tulio Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza Editorial, 1972, pp. 11-73.

²⁹ Véase Marlene Cabrera Cruz, *Relación comercial de México con Venezuela*, tesis de licenciatura, México, FCPYS, UNAM, 1998, pp. 151-177.

da con los pueblos vecinos, no tanto por razones de justicia, aunque para el caso no sería despreciable, sino de simple realismo. Es decir, se termina el periodo de las historias nacionales individuales en conjunto con el

de las historias basadas sólo en los acontecimientos para dar paso a la gran geohistoria de los procesos y con ella a la geohistoria de los conjuntos nacionales y regionales.